

A

Falacia del ACCIDENTE

Se comete al confundir la esencia con el accidente, lo sustancial con lo adjetivo. Incorre en ella, por ejemplo, quien juzga por las apariencias.

Mefistófeles— *Cala sobre tu cabeza una peluca de miles de bucles, calza tus pies con coturnos de una vara de alto, que no por ello dejarás de ser lo que eres.*

Como es sabido, *el hábito no hace al monje y aunque la mona se vista de seda...* Todo esto viene a decir lo mismo: que las cosas tienen esencia y accidentes.

Esencia es la substancia de una cosa, lo que no se puede suprimir sin alterar el concepto; lo inherente, lo necesario, y también lo universal, porque es en lo que coinciden todos los individuos del mismo género. Un triángulo es, esencialmente, un polígono de tres lados. Como todos los conceptos, presenta un aire abstracto, fantasmal e invisible hasta que se reviste de accidentes: triángulo de tiza, de bronce, de flores, azul o verde, tieso o tumbado, isósceles o escaleno. Puede adoptar muchas presencias accidentales, pero lo común, lo inseparable, lo que se predica de todas es su esencia: un polígono de tres lados. Percibimos las cosas por sus accidentes y es preciso desnudarlas para conocerlas, para descubrir su meollo, aquello que permanece bajo los cambios de apariencia: la substancia, esto es, lo que sostiene los accidentes (del latín *substare* = estar debajo).

Accidente (del latín *accidere* = sobrevenir a) es lo que particulariza las cosas, lo añadido, lo sobrevenido. El accidente puede faltar, no es necesario para el concepto; es contingente, yuxtapuesto. Como ocurre con los triángulos, las notas variables de los individuos de una misma especie son accidentales.

La **Falacia del accidente** se comete por tomar una propiedad accidental como esencial, lo que conduce a errores al generalizar y al definir: *un triángulo es un polígono verde*. Atribuimos como esencial a todos los individuos de una especie una cualidad que sólo conviene accidentalmente a algunos de ellos.

Platón era filósofo, pero no por sus facultades dialécticas, como Hipócrates era médico, pero no por su elocuencia. También yo puedo ser filósofo y cojo al mismo tiempo, y sin embargo, no habíais de imitarme en la cojera para ser filósofos¹.

La definición por los accidentes traiciona el concepto, como ocurre cuando se define la democracia por la educación y la seguridad social. Si definiéramos las aves como vertebrados que vuelan, no serían aves ni los pingüinos ni el Pato Donald, pero podrían serlo Dumbo y los murciélagos.

Si hubiera que juzgar a los filósofos por su barba, lo más justo sería poner a la cabeza de todos un macho cabrío.²

¹ Epicteto. Nota de Pablo Jordán en *Pláticas*, I, 8, 11.

² Luciano: *El eunuco*. En esta divertida historia, Luciano bromea con las derivaciones genitales que suscita en Atenas la oposición a cátedra de un eunuco: *¿tiene o no tiene miembro el aspirante? ¿es*

Es una falacia muy próxima a la Generalización Precipitada. La mayoría de las *Falacias del Accidente* se cometen al generalizar a partir de los accidentes de las cosas, lo que ocurre con más facilidad cuando los datos son insuficientes: *Todos los españoles bailan flamenco*. No es preciso bailar flamenco para ser español. Estamos ante un carácter accidental, que puede darse y no darse. Si juzgo todas las tuberculosis según los accidentes que la caracterizaban en mi bisabuelo, construiré una falsa generalización que no comprenderá la mayoría de las tuberculosis que rondan el planeta. Si considero esencial que Homero fuera poeta, podré afirmar que todos los hombres son poetas.

Extraer conclusiones a partir de cosas que sólo son ciertas accidentalmente, es lo que hacen tantas personas que generalizan a determinadas profesiones (jueces, policías, periodistas) el abuso en que puedan haber incurrido algunos de sus miembros:

*Todos los jueces están comprados.
Los políticos son unos golfos*

Olvidan que lo mismo puede argumentarse sobre los cuchillos de cocina, los medicamentos o la libertad de prensa. El abuso no es argumento contra el uso. Es la falacia del que juzga la feria, no por lo sustancial, sino según le va en ella.

— *¿Qué mayor prueba de que nada aprovecha la filosofía que el que algunos filósofos vivan torpemente?*
— *No es eso prueba alguna; pues, como los campos, no todos los que se cultivan son fértiles.*³

Véase, también, falacia del *Secundum quid*.

preciso el miembro para filosofar?

³ Cicerón. *Tusculanas*, II, 5.